

De muchos, que arrogantes presumieron
Cansar las armas, alcanzar reposo,
Confusos y encogidos no vinieron
El día señalado y peligroso.
La pretension de todos resumieron
Y el fin de aquel suceso venturoso
En estos dos guerreros, que el combate
Revela cada cual que se dilate.

Dió la postrera seña la trompeta,
Que manda dar la vida con el viento,
Y la ignorancia humana lo interpreta
A honor, reputacion y atrevimiento.
Previenen, porque á tiempo se acometa,
Los pies ferrados al villano aliento,
Que apenas suena, y firmes en las sillas,
Al viento dan los frenos en astillas.

Por el siniestro lado le atraviesa
Floribel á Norberto, que bramando
Sobre él revuelve con ligera priesa,
Con el desnudo estoque amenazando.
Aquel soberbio brazo que profesa
Partir los montes, descendió cortando
Del yelmo parte y el escudo todo,
Y á no tenerle, dividiera al Godo.

El duro golpe que se mueva impide,
Mas luego presuroso le acomete,
Y la dorada cresta le divide
Entre el plumaje rojo del almete.
Impedido del golpe, ardiente mide
Lo que hay de las caderas al copete,
Y luego que en la silla se endereza,
Dividirle pretende la cabeza.

Alzó la espada con entrambas manos,
Por ver cómo se acaba la batalla,
Juzgando que á sus golpes inhumanos
Ni acero hasta ni cerrada malla.
Suspendense los tiernos cortesanos;
Armanda triste lamentando calla,
Y en todos por aplauso ó por estrellada
Movió á dolor la misera doncella.

Creyeron que el encuentro se acabara,
No hallando el golpe amparo ni defensa,
Mas si es del cielo el mismo le repara,
Cuando mepos el hombre errando piensa;
Y así se vio con experiencia clara,
Pues sin mirar el daño de la ofensa,
Picando con la espuela inadvertida,
Hurtó la vuelta y escapó la herida.

Bajó la espada con violencia tanta,
Que el mismo peso reclinó á Norberto,
Y al paso que el caballo se levanta,
Dejó al soberbio dueño descubierto,
Y al fuerte Floribel que se adelanta,
Con mas destreza y con igual acierto,
Guió la punta, y desterró la vida,
Y para mas de un alma abrió salida.

La grave emulacion cayó de Atlante,
Y el vasto cuerpo sepultó la arena,
Y la atrevida máquina arrogante
Rindió los muros al dolor y pena.
Tendido yace el bárbaro gigante,
Cumplido en todo lo que el cielo ordena,
Y si en pie de estatura fué crecido,
Mayor que siempre pareció tendido.

Como sucede al pino, que en la sierra
A competir con las estrellas crece,
Y despues que midió la inculca tierra,
Mayor que inhiesto al leñador parece,
Así del fácil vulgo, que se atierra,
Muerto á la vista popular se ofrece,
Que el eco sonoliento con porfias
Despierta en las vecinas serranías.

Lamentan mos el dolor presente,
Otros gritando aplauden la vitoria;
El Duque del concierto se arrepiante,
Y Arminda rie su debida gloria;
Y en medio del tumulto de la gente,
Que impide el fiel suceso de la historia,
A todo el noble vencedor opuesto,
Pide que el Duque cumpla lo dispuesto.

Con mas dolor que aliento no se atreve
Al caso vil, por mas que amor se oponente;
Y así, á cumplir lo que á sus brazos debe,
Resuelto y animado se dispone;
Y para que á su patria amada lleve
La prenda cara que en sus manos pone,
A pesar de la envidia se casaron,
Y sus alegres dichas celebraron.

CANTO VIII.

ARGUMENTO.

Alfonso el sitio de Puzol conquista;
Hace el Francés de su poder alarde,
No quiere que en el campo se resista,
Y el muro ordena que su gente guarde.
Filipo ruega á Alfonso que desista
De aquella empresa la primera tarde
Que honradas vió las armas españolas,
Morir á Pedro y naves en sus olas.

Doraban de Puzol los altos muros
Del sol los rayos, que al poner los baña,
Y de armas coronados, mal seguros,
Temer pudieron la invasion de España;
Primerero que entre círculos oscuros
Sombras despenen el monte en la campaña,
Con varias tiendas ocupadas tiene
La gente que termina en el Pirene.

En el vistoso campo dividida,
Al sol aguarda, que corrió sus velos,
Y entre arreboles de oro á la partida
Serenó dia prometió á los cielos.
Dormía con su ausencia divertida
La noche al son de humildes arroyuelos,
Que ahora rien, y con nueva guerra
Llaman despues al sol que la destierra.

En medio de las sombras ocupada,
De Alfonso estaba la orgullosa gente,
Que hallarse procuraba reparada
Al duro trance de la luz siguiente;
Y apenas á los montes coronada
Salió de rayos por el mar de Oriente,
Cuando para volver á nuevo empeño,
El ocio breve despidió del sueño.

Juntar mandó sus nobles consejeros
En el palacio antiguo que ocupaba,
Reliquia de los Cesares primeros,
Que el tiempo en sus memorias veneraba.
En dos gigantes de alabastro fieros
De jaspes la portada se afirmaba,
Que en arcos y figuras dividían
Las que del suelo á su nivel subían.

En dos iguales trechos de columnas
Un óvalo perfeto se descubre,
Teatro al parecer, aunque en algunas
Señas que faltan la verdad se encubre.
Vestida de labores importunas,
Que el largo tiempo los perfiles cubre,
Le ciñe una pared, por cuyas piedras
Los años dejan caminar las hiedras.

Seguro de inclemencias y ruinas
A un lado se mostraba un aposento,
Con piedras, en labor tan peregrinas,
Que en ellas puso la invencion su asiento.
Otras tambien sin pulimento finas,
Del techo matizando hasta el cimiento,
Mostraban, reluciendo en cada parte,
Lo que obra el cielo, lo que ayuda el arte.

Aquí sentado con real decoro,
En una rica relevante silla,
De alarbe plata, sobrepuesta de oro
De alemanes buriles maravilla;
Antigua prenda del mayor tesoro,
Que á los famosos reyes de Castilla
Dejó con su vitoria milagrosa
Alfonso, de las Navas de Tolosa;

Despues, cuando al infante por sentencia
Del cielo le entregaron la corona
De Aragon, en la osada competencia,
Que Dios excluye y su eleccion aboua,
En feudo de la noble resistencia,
Que su invencible fe clama y pregona,
Le dió esta silla el hijo de su hermano,
Que él no aceptó del pueblo castellano.

En otra silla igual, no en la riqueza,
Asiento al Rey Navarro le pusieron;
Enrique y Pedro con menor grandeza
Del fiel consejo los primeros fueron.
Sentada pues la bélica nobleza,
Calló la sala, y sus paredes dieron
Señales, que entre si confusas luchan,
Si hablaron siempre, de que agora escuchan.

«Este es Puzol, y aquestos los padrones,
Que el tiempo puso, y donde el cielo quiere
Que ponga, dijo Alfonso, mis pendones,
Y verme presto en Nápoles espere.
Allanen mis robustos escuadrones
Los viejos muros, donde Apolo hiere,
Ruínas sacras, trágicas memorias,
De Roma un tiempo venerables glorias.

«Aquí vivió en delicias sepultado
El vil Neron, dos veces matricida,
Una llorando el misero Senado,
Su antigua madre en fuego consumida,
Otra inclemente y bárbaro olvidado
Del natural precepto de la vida,
Quitando, porque un nuevo ser le cuadre,
La misma vida que le dió á su madre.

«Aquí tambien con singular imperio
Vivió reinando, respetado, injusto,
Con maña y armas el sagaz Tiberio,
Astuto sucesor del noble Augusto.
Y en Baya, para nuevo ministerio,
Las ondas, obedientes á su gusto,
Sufrieron puente, atando en sus aldabas
Preñadas naves como fieras bravas.

«No es este, no, para el dolor presente
El justo honor que el tiempo les previno,
El ser morada, si, del elocuente
Romano padre y orador latino,
Aquel que sin respeto osadamente,
Con dulce voz, con impetu divino,
Orando contra el fiero Marco Antonio,
De serlo dió el postrero testimonio.

«Las aguas, que desatan estas cumbres,
Archivos de secretos naturales,
Son por el fuego oculto de sus lumbres,
Remedios blandos de lascivos males;
Y al pié de aquestas altas pesadumbres,
Depósitos de arduos minerales,
La playa hospeda en misera ruina
Cenizas y memorias de Agripina.

«Allí del campo Elisis se divisa
El verde manto, que cubrió de flores
Abril eterno, que sus faldas pisa
En ocio de sus rústicos cultores.
En él del alba la primera risa,
Que lloran mal dormidos los pastores,
Es del alegre sitio el ornamento,
Y á quien primero lisonjea el viento.

«Aquel vecino monte, que el octubre
Airado roba la postrera fruta,
En sus espacios cóncavos encubre
Aquella antigua y memorable gruta,
Que agora ufana las cenizas cubre
Entre obra tosca, natural y bruta,
De aquel que fué del celebrado Homero
Segundo en tiempo, y en cantar primero.

«No envidio yo del vencedor Troyano
Los nobles hechos, la clemencia rara;
Al gran Virgilio, si, la voz, la mano,
Que mis trabajos y armas ilustrara;
Si bien espero que en estilo llano
El tiempo agradecido les prepara
Alguna diligente y breve suma,
De humildes cuerdas y encogida pluma,

«Esta es, invictos Reyes celtiberos
El dulce nido, la querida tierra
En quien promete el cielo á mis aceros
El término fatal de tanta guerra.
Y pues hollais gallardos los linderos
De Nápoles bellissima, que encierra
Al tirano Reiner, como seguros
Están de nuestras máquinas sus muros?»

Esto diciendo, del asiento parte,
Y manda que el asalto se aperceba;
Los nobles siguen á su invicto Marte,
Y el pueblo clama que glorioso viva.
La gente brevemente se reparte,
Y al ronco son, que su furor aviva,
Escalas ponen, las almenas tocan,
Y envidias nobles á subir provocan.

No aguardan que la presta artillería
Derribe de los muros la constancia,
Y por humilde y llana batería
Seguro paso ofrezca á su arrogancia:
Igual en todos el combate ardia;
Arroja balas el valor de Francia,
Y el español ejército que sube,
Resiste osado su inclemente nube.

El polvo, el humo, el miedo, las heridas,
Ciega, confunde, atemoriza y matan
Los ojos, el valor, la fe, las vidas,
Y todos juntos el vencer dilatan.
Las piedras coronadas y tenidas
De sangre y armas ciegos arrebatan,
Haciendo los cercados lo que hiciera
El fuego, si los muros combatiera.

En todas partes se esforzó el asalto,
Y en todas lucen valerosas pruebas;
Unos arrojan rayos de lo alto,
Otros se acercan con escalas nuevas.
Ninguno teme de osadía falto,
Ni da materia de aparentes nuevas
A victorias dudosas, que á la fama
El mismo orgullo intempestivo clama.

De Enrique y Pedro, excelsos capitanes,
Gallardos siguen la violenta furia,
Navarros, celtiberos, catalanes,
Y el noble pueblo que divide el Turia.
Los gritos, el furor, los ademanes,
La ardiente rabia, la común injuria
Resisten valerosos los franceses,
En puertas, baluartes y traveses.

La fama singular de tantos hechos
Negó la confusion á la noticia,
Y fué la suerte á tan gloriosos pechos
Mas en vencer que en celebrar propicia.
Los muros combatidos y deshechos,
Del propio asiento con furor desquicia
El gallardo vencer, no industria ó maña
Del valeroso ejército de España.

Rindieron las sagradas lises de oro
Las bandas, que ilustraban sus pendones,
Que veces tantas fugitivo el moro,
Penetrando miró sus escuadrones.
A nadie guarda el ímpetu decoro,
Y el premio general, que á las naciones
La guerra y la codicia prometieron,
De sangre y robos los motivos fueron.

En tanto pues que el vencedor glorioso
La tierra pisa con la sangre roja,
Y el militar secreto codicioso,
Sin tasa y rienda la ciudad despoja,
Y el fuego explorador, libre y furioso,
Lo mas oculto sin piedad arroja
Al robador violento, que lo busca,
Y al triste dueño con temor ofusca;

Reiner, que resistir gallardo entiende
Las huestes vitoriosas enemigas,
Y al Quinto Alfonso, que reinan pretende
Por leyes de sus armas y fatigas,
Confuso mira, que el derecho ofende,
Con vanas trazas y ambiciosas bigas
De principes, que intentan de ordinario
Menguar las fuerzas al mayor contrario;

De aquel mezclado pueblo diferente,
El atrevido ejército, que adiestra,
Mandó que por el campo diligente
Pasase luego concertada muestra.
Tres mil cantones, helicosa gente,
Con fiel gobierno, con valiente diestra,
A su obediencia rige Paradino,
Que de Lorena en su defensa vino.

Tras él Leocato, capitán lombardo,
Seis mil gobierna milaneses diestros,
El por las armas sin igual gallardo,
Y ellos del arte helica maestros;
Hermano del guerrero, que á Gerardo
Contrarios dados en su honor siniestros,
Robaron á los brazos de la injuria,
Mas que del mar á la insolente furia.

La gente Ursino gobernaba luego,
Que el sucesor de Pedro sacrosanto,
Sin dar orejas al piadoso ruego,
Del hijo humilde de su anillo santo,
Turbando en todos el común sosiego,
Le dió á Reiner con general espanto,
Tres mil soldados de diversas gentes,
Pagados, inducidos y valientes.

Con armas de oro generoso luce
De Bari el Duque, con tres mil caballos,
Siendo los más, que liberal conduce,
Amigos, obligados y vasallos:
Robusta y diestra gente, que produce,
Sin que por armas puedan sujetallos,
La Calabria mayor, que el Apenino
Dejó á dos mares natural camino.

Suizos, alemanes y valones,
Que unidos contra los caballos forman
Tan crespos y cerrados escuadrones,
Que puntas, brazos y astas se conforman,
Rigen Anselmo, Astolfo, y los frisonos
Gobierna Ernesto, que en tropel reforman
Cualquier descuido, si las manos prestas
No apuntan y disparan las ballestas.

Eran seis mil, y el fuerte Continola
Mil diestros albaneses gobernaba,
Albania, siendo á las edades sola,
Por hombres fuerte, y no por fieras brava.
Otro escuadrón de mil de Ambersa y Nola,
Con paso entretenido militaba
Debajo de la insignia y del amparo
De su caudillo antiguo Sanazaro.

Salió Reiner el último, llevando
Su guarda en torno con lucientes mazas,
Y en tropas de caballos, gobernando
Tres mil ligeros y dos mil corazas;
Franceses todos, que al severo bando
Del príncipe, sin máquinas, ni trazas,
Furiosos cierran con impulso breve,
Que calma al mismo paso que se mueven.

Pisaba el sol los campos celestiales,
Y hacer lo mismo en Nápoles pudiera,
Pues dió en las armas á su carro iguales
Segundos rayos, que volvió á la esfera.
Mezclados con los suyos naturales,
De suerte el aire su vislumbre altera,
Que el mismo sol de tan confusa duda
Salir espera con la noche muda.

Mandó Reiner que con ligero paso
Partiese de caballos una tropa,
Y antes que el sol repose en el ocaso,
Recoja cuanto en la campaña toca.
En esto un mensajero del fracaso,
Que en un rosillo calabrés galopa,
Y dejando á Puzol, el viento iguala,
Siguiendo el vuelo de la nueva mala y quema.

«Al arma, dijo, capitanes nobles,
Que en esta empresa ocupan y coronan,
Las manos frescos, las cabezas robles,
Y glorias tantas á la edad pregonan,
Mostrad al sol en los aceros dobles,
Espejos puros, que el cuidado abonan,
Del uso militar, y en todas partes obedan,
Al viento dad banderas y estandartes.

«Poblád de armadas tuestes la campaña,
Que agora en breve termino diviso;
Puzol os llama, que el león de España
Soberbio os arrebató de improviso.
Tal miedo de su furia me acompaña,
Que en este breve limite que piso,
Entre armas tantas y vecino al muro,
Miro si puedo razonar seguro.

«No cuento la tragedia lastimosa
De incendios, robos, muertes, tiranías,
La bárbara licencia victoriosa.
Los gritos, los encuentros, las porfías;
Malogra allí la honestidad hermosa
Piadosas quejas y razones pías,
Y lágrimas pendientes de la cara:
Remedio con que el fuego se aplacara.

«Ann no contento de gozar la presa,
Partir mañana á Nápoles dispone,
Por ver deshecha la opinión francesa,
Si á su resuelto espíritu se opone.
Para esta incierta y animosa empresa,
Armas previene, máquinas compone:
Solo presumo que se tarda mucho;
Mas ya sus cajas resonando escucho.»

Movida del suceso y del espanto
Que trujo el mensajero diligente,
Quedó la plebe atónita, entre tanto
Que el noble Duque con serena frente,
Vibrando el asta, descogiendo el manto,
Del hombro izquierdo por igual pendiente,
Picó el caballo, y animando á todos,
Apoca la victoria de los godos.

Juntó de sus guerreros singulares
Los que ha probado en ocasiones tantas,
Y las reliquias nobles de los Pares,
Defensa y honra de sus lises santas,
Y á todos les propuso los millares
De amigos muertos, las osadas plantas,
Que ya dejando de Puzol la vega,
Los campos huellan que el Sebeto riega.

Proponen unos con discursos largos,
Otros con breve priesa los barajan,
Hablar pretenden los mayores cargos,
Y otros sin ellos su razón atajan.
Ni dan satisfacciones ni descargos
De cuantas veces por hablar se ultrajan;
Y al fin se resolvió de la contienda
Que Nápoles ilustre se defiende.

Recógese la gente, y dividida
Ocupa la extensión de la muralla,
Quedando superior y prevenida,
Si Alfonso intenta desigual batalla.
No dejó sin reparo prevenida
Cualquier flaqueza que en los muros balle,
Y fueron pocas, y aunque más hubiera,
Su caudillo animoso las supliera.

Jamás halló la industria de los hombres
Pertrechos ignorados en la guerra,
De efectos raros, de exquisitos nombres,
Que en su defensa Nápoles no encierra:
Motivos de las glorias y renombres,
Que dará lo distante de la tierra
De Alfonso, pues se alcanza de ordinario
Mayor victoria de mayor contrario.

Llegó la noche, desatando triste
Obscuras sombras, al amante bellas,
Con que ella muda sus engaños viste,
Fiándose de solas las estrellas,
Y el rustico cansado, que desiste
Del fiel trabajo, se rigió por ellas,
Volviendo á ver en casa sus pequeños
Hijos, que cercan los ardientes leños.

Con mas risueña frente, á los collados
Salió tras ella la divina aurora,
Bajando á ver por los vecinos prados
La muda selva que su lumbre adora.
Los pájaros cantando enamorados,
El sol aguardan, que sus plumas dora,
Y como son amantes sin recelo,
Al día piden que amanezca al cielo.

Siguió los pasos de su hermosa lumbre
El vencedor ejército que asoma,
Unos cubriendo el llano, otros la cumbre
Del verde monte que ennoblecía á Soma.
Miraban la eminente pesadumbre,
Que ajeno dueño tiraniza y doma,
Formando de las cajas y trompetas
El son discordes cláusulas peretas.

El viento de estandartes y banderas
Vistosa muestra bisonjero hacia,
Fingiéndose en las colores verdaderas
Cambiantes visos, que le presta el día;
Y el sol, que de las armas en lumbres
Volvió el acero ufano, componía
De la trémula luz que no reposa,
Molesta confusión, pero vistosa.

Comienzan los villanos gastadores
A dar principio al trágico ejercicio
Del campo, siendo bárbaros cultores,
Sin aguardar del cielo beneficio.
De Cayá los antiguos moradores,
Temiendo de su patria el desperdicio,
Al huésped nuevo la dejaron toda,
Que en ella brevemente se acomoda.

Igual por todas partes se avecina
Al muro el campo, que cinendo coge,
Y donde mas el impetu le inclina,
Armadas tiendas liberal descoge.
La gente de los muros encamina
Algunos tiros, sin mirar que escoge
Mal la distancia el miedo á los sentidos,
Y así salieron sin vigor perdidos.

Con trazas, diligencias y reparos
Crecía la estrechez del asedio,
Buscando siempre con designios caros
El combatido pueblo su remedio.
Los breves días, de su lumbre avaros,
A todos fueron peligrosos medio,
Cubriendo sus astucias robadoras,
Del mudo sueño las prolijas horas.

Doraba el sol, errante peregrino,
De Acuario helado la morada breve,
Cubriendo su cabeza el Apenino
De secas ramas y erizada nieve.
Cuando del mar por áspero camino
El vago reino diligente mueve,
De flamulas y tiendas coronada
De Alfonso invicta la oportuna armada.

De súbito en el campo se publica
La alegre nueva, y Nápoles confusa
Miraba que el contrario multiplica
Gente, que el ocio femenino rehusa.
La armada en tanto, prevenida y rica,
De las navales máquinas que usa,
Fuego en la salva sin parar despide,
Y en ala el campo de cristales mide.

Por mar y tierra se entabló el aprieto
Del fuerte muro, que temblando gime,
Y el viejo Nava con ardiente afeto,
El mar escombra, la ciudad oprime.
La incierta fama con igual efeto
En todos fuerzas y valor imprime,
Velando entre asechanzas y cantelas
Las nunca fatigadas centinelas.

Estaba el campo en la mitad del día
Sufriendo entre las tiendas de colores
Del seco enero la inclemencia fría,
Y de su escarcha y nieve los rigores,
Cuando avisado Alfonso de una espía,
Llegaron dos compuestos senadores
Del milanés Filippo, que procura
Cortar astuto su inmortal ventura.

Pasaron por el campo, en armas puesto,
En dos bizarras hacas y lozanas,
Jóven gallardo el uno y bien dispuesto,
Honrado el otro con tendidas canas;
Las ropas largas, el cabello expuesto
Al parto de las noches y mañanas,
Con dos gorras, cubriendo en su decoro,
La plata el viejo, y el mancebo el oro.

Llegando á los umbrales de la tienda,
Cortesés en sus márgenes descenden,
Y porque Alfonso su embajada entienda,
Hablarle luego sin tardanza emprenden.
Entraron, sin lisonjas de la ofensa,
Con que otras veces conquistar pretenden
Con blanda muestra el ánimo rogado,
Remedio en tantos siglos lamentado.

Si no le ofrecen armas y cristales,
Que su ingeniosa patria temple y labra,
Las suplen con ofrendas naturales
De fiel respeto, sin hablar palabra.
Prendió la admiración sus desiguales
Sentidos y años, esperando que abra
De Alfonso la piedad benigna puerta
Al justo miedo, que callando acierta.

Con dulce agrado, con amiga seña
Mandó que le proponga su demanda,
Y con severidad grave y risueña
Destierra el miedo y al turbado manda.
Después que libre á proponer le enseña
Del grave oyente la acogida blanda,
Y á escuchar el anciano se dispuso,
Así el mancebo sin tardar propuso:

«El gran Filippo, que á Milan gobierna
(Ya pienso que le viste y le conoces),
El que venció desde su infancia tierna
Los duros golpes de la guerra atroces,
Y al claro nombre de su fama eterna,
Que Alfonso justamente reconoces,
Italia tiembla, y en el ancho seno
Cúe cortés sus ondas el Tirreno;

«Conmigo te aconseja ó te amonesta
Que desta empresa bárbara desistas,
Pues toda Europa, por tu mal dispuesta,
Cortar pretende el hilo á tus conquistas.
Francia sus nobles á caballo apresta,
Con armas fuertes, de grabadas listas;
Lorena de sueños y cantones
Formando esta lucientes escuadrones;

«Del noble Tíbre los dichosos llanos
El padre universal airado cubre
De esguizaros, tudescos y romanos,
Y á tierra y cielo su rigor descubre.
La inculta gente que en los Alpes caños
Albergues rudos de su nieve encubre,
Marchando á la inclemencia de los cielos,
Coronas pisa de erizados hielos.

«Tambien los varios pueblos que Liguria
A paga cierta militar conduce,
Vengar pretenden la común injuria
Con justo afecto que el honor produce.
¿Quién no el dolor y concebida furia
A hierro y gente sin tardar reduce,
Cubriendo de armas y ánimos gallardos
Los campos ginoveses y lombardos?»

«Bien sabes el valor con que pelea
La gente de Filippo tu enemigo:
El nombre erre, que pues tu bien desea,
Llamarle puedo con razon amigo.
De intento muda, pues tu honor afea
Que ser pretendas por tu mal testigo
Segunda vez sin esperanza alguna,
Que las espaldas vuelva á la fortuna.

«La fuga deste limite apresura,
Y porque en él tu ejército resuelva,
Producen gente, el valle, la espesura,
El seco prado y la desnuda selva.
Y antes que su desdicha ó tu ventura
Con nuevo mal á castigarte vuelva,
Reduce la extensión de tu deseo
Al campo que corona el Pirineo.»

«No pases con tus armas adelante,
Sagaz replica recatado el viejo,
Que siempre lleva del varón constante
Despojos apacibles el consejo.
Bien sé que no hay ejército que espante
(¿Como dije espantar?), ni aun que perplejo
Tu no turbado espíritu suspenda,
Teniendo asido al impetu la rienda.

»No te propongo ejércitos ni miedo,
Indigno del valor de tus acciones;
Tu mismo bien representarte puedo,
Armado de consejos y razones.
No quiero que con armas y denuedo
En Nápoles coloques tus pendones:
Habrás vencido con benigno Marte,
Y bien, ¿cómo pretendes conservarte?

»Los altos y atrevidos pensamientos
No es justo que se alienten y se midan
Con fines engañados y violentos,
Que el bien seguro al despertar impidan.
Yo vengo en que consigas tus intentos
Cualquier suceso que a la suerte pidan;
¿No ves que con la envidia de la empresa
Serás de todos combatida presa?

»Conténtate con ver que tus aceros
Encierran, no contentos ni seguros,
A tantos belicosos caballeros
En esa estrecha cárcel de los muros.
Vencer será imposible sus guerreros
Con fuertes brazos, con encuentros duros;
Volverte puedes, y en la empresa baste
Por premio la victoria que intentaste.

»Tu gente vuelva alegre y vencedora
A ver del Ebro los cristales fríos,
Que ausencia tanta en sus corrientes llora
Moncayo en fuentes que convierte en ríos.
Si no producen por tu bien agora
Alegre fruto los consejos míos,
Tu vida el cielo favorable guarde,
Del justo mal de arrepentirse tarde.»

«Detente, mensajero, le replica
Severo Alfonso con airado gesto,
Que tu fingido engaño multiplica
En mi furor agravio en lo propuesto;
Y si al castigo ilícito se aplica
Mi justo enojo, con razón dispuesto,
Perdone aquí la natural licencia,
La astucia al uno, al otro la insolencia.

»Decid al Milanés que le prometo
En viendo aquestos muros derribados,
Batir los suyos con mayor aprieto
Que lloran hoy los miseros cercados.
Verá el Lombardo con siniestro efeto
Sus mieses y sus campos abrasados,
Del fuego mas que en los estivos soles,
De brazos y caballos españoles.

»Ni temo que á su ruego se disponen
Del Alpe frío las naciones vastas,
Ni ver que á resistirme se amontonan
Ferradas parvas de empulidas astas.
Ni que envidiosos principes se oponen
Hiriendo Apolo sus lucientes pastas,
En que grabando el oro en los arneses,
Se esmeran los buriles milaneses.

»Que mi constancia hará que á su despecho
Italia á mi coyunda se aperciba,
Sin que el rebelde en su paterno techo
Seguro dueño de mi espada viva,
Y no quedando alegre y satisfecho
De ver rendida la ambición altiva,
Del suelo que ilustró el nieto de Anquises,
Al Rey veré de las sagradas lises.

»Agradeced el fuero que os defiende,
El no llevar castigo por respuesta;
Volved al dueño vuestro, que pretende
Mostrar valor á la fortuna opuesta,
Y antes que á febo los cabellos vende
Del mudo sueño la opresión molesta,
Formar veréis segundos horizontes,
Temblar los muros y tronar los montes.

Dijo, y apenas de la regia tienda
Ligeros salen con medrosas alas,
Cuando el asalto manda que se emprenda
Con infinito numero de escalas.
Primero quiere que su muro ofenda
Horrenda carga de encendidas balas,
Que el bronce arroja, y deja el aire ciego
Confusa exhalacion de ardiente fuego.

Levaron sus tendales las galeras,
Y al aire entregan rojos gallardetes;
Baten el mar iguales y ligeras,
La chusma coronada de bonetes.
Las naves al virar, las cebaderas
Largan con la de gavia y los trinquetes,
Topando el viento en medio del camino
Montañas blancas de cambiante lino.

Las unas sus cañones de cruzja
Al muro asestan y sus piedras muelen;
Las otras plomo arrojan á porfia
De un hordo y otro como al viento vuelen.
La tierra con el agua competa,
Y el Duque teme que su muro asuelen,
Sintiendo en mengua del incendio griego,
Las piedras rayos, y los aires fuego.

A todas partes diligente acude,
Y es fuerza que socorra á cada parte,
Porque el furor indómito no mude
Su esfuerzo al pecho y el reparo al arte.
Cualquier recelo de temor sacude,
Y aliento en todos por igual reparte,
Movidos del ejemplo y la constancia
De aquel intruso principe de Francia.

«¿Qué hacemos, Paradino, le pregunta
Reiner, entre paredes tan estrechas,
Que el hierro vil que á su flaqueza apunta
Las tiene comprimidas y deshechas?
Sus puertas abre, tus guerreros junta,
Y espesas nubes de volantes flechas
El aire rompan leves y emplumadas,
Siguiendo su destrozó las espadas.

»Mejor será que á desatar te inclines
Al libre viento tus banderas blancas,
Y para conseguir dichosos fines,
El campo cubran las insignias francas;
Y al son de las trompetas y clarines,
Besando el suelo las cubiertas ancas,
Furiosos partan, y revuelvan blandos
Cursieres alemanes y normandos.

»En la campaña, si cualquier robusto
Muestra el valor y no cercado y preso,
Y si al común estrepito me ajusto,
Forzado y triste mi dolor confieso.
Bien sé que á tu despecho y tu disgusto
Prudente sufres tan culpable exceso;
Sus miedos deja, y animosos vamos,
Que entrambos solos á vencer bastamos.

«Tu espada sola, capitán famoso,
Responde Anjous, á conquistar bastara
Cuanto del sol el curso presuroso
Alumbra y ciñe con luciente cara.
Y no con menos ánimo orgulloso
Los filos acerados desnudara,
No solo donde al español estorbe,
Sino en el margen último del orbe.

»Mas no permite el público cuidado
Dejar aquestas piedras indefensas,
Haciendo oficio de vulgar soldado,
Quien carga obligaciones tan inmensas.
Cualquier portillo estrecho que allanado
De mi contrario tienen las ofensas,
En mi opinion abierto le contemplo,
Las piedras siendo á mi dolor ejemplo.

»Ni es justo que á las manos de la suerte
Se entregue en solo un trance la esperanza,
Que alienta el pecho generoso y fuerte,
Y con paciencia y ánimo se alcanza.
Negar la entrada al miedo de la muerte,
Gozando entre sus olas de bonanza,
Es bien á muchos nobles concedido,
Y á pocos conservarse en lo adquirido.

»Naciones fuertes, capitanes diestros
Defienden el honor de la muralla;
De blanco trigo en los sileros nuestros
Inmensa copia reservada se halla.
Armas, pertrechos, ingenieros diestros,
Sin la infinita tropa de canalla,
Que cada cual atento á su ejercicio,
Dan del suceso favorable indicio.»

Aquí paró, cortando su discurso
Ver que en el muro que se opone á Chaya,
De Alfonso el campo con mayor concurso
Aprisa llama que á aguardarle vaya.
Ligar pudieran su improviso curso
Las voces, que en la parte de la playa
Sonaron, dilatándose con ellas
Penachos de vislumbres y centellas.

Menguaba en los franceses el combate,
Que su caudillo intrépido socorre;
El fuerte acero riguroso bate,
Y noble sangre por el muro corre.
Temiendo que el socorro se dilate,
También el lorenés presto recorre
De la parte del mar la rota frente,
Que ve cubierta de española gente.

Los gritos, las heridas, los destrozos,
Las armas, los encuentros, las congojas,
Las duras astas en menudos trozos,
Las fieras puntas con la sangre rojas,
Las breves vidas de atrevidos mozos,
De ancianos brazos las heridas flojas
Penetran, hieren, crecen, matan, suenan,
Los aires turban y en el mar resuenan.

Crece el valor al paso que resiste
La honrada obstinacion que se defiende,
Crece el furor del que animoso insiste,
Y ver el fin de su conquista emprende.
Si el uno atento á su defensa asiste,
En fuego el otro del honor se enciende,
Y así, procuran sin ventaja alguna
Contrarios fines con igual fortuna.

Los dos hermanos, los constantes polos
Del cielo de Aragon y su corona,
Enrique y Pedro, que bastaran solos
A conquistar los campos de Latona,
No con astucia ó militares dotos,
Que el arte en tantos principes abona,
Sino moviendo el impetu sus alas,
Animan y frecuentan las escalas.

Llegaron de Fernando los renuevos,
Pisando osadamente sus almenas,
De esguizar guardadas y siveos,
Venales siempre en cóleras ajenas.
Sintieron tanto los guerreros nuevos,
Que á costa del tributo de las venas
Heridos, como los nemevos suelen,
Del ya pisado muro los expelen.

Tendido se mostraba en el camino
En frente del hermano generoso,
Helado el cuerpo y el amor divino,
Gozando Pedro de inmortal reposo;
Vestido de la muerte el cristalino
Rostro gentil, y su cabello hermoso
Tenido en sangre, sepultó la herida
De sus gallardos años homicida.

Turbado Alfonso del mortal suceso,
Vertió sin atender fraterno llanto,
Sin ser culpable su piadoso exceso,
Ni del funesto caso el nuevo espanto.
Al cuerpo llega, y entazando el peso
Del tronco helado, le suspende en tanto
Que con dudosa voz, turbada y fria,
Así confuso y triste le decia:

«¡Oh siempre generoso caballero,
Y siempre desdichado hermano mío!
Eterno vivirás, noble guerrero,
Y en mí el dolor de ver tu cuerpo frío.
No culpo, no, de mi contrario fiero
El duro golpe, el insolente brio,
Pues soy quien daba de piedad ajenas,
Al cielo culpas y al castigo penas.»

»Dichoso tú, que penetrando agora
Los campos que dividen los planetas,
Desprecias los matices de la aurora,
Que afrentan las colores mas perfetas,
Pues sabes cómo el sol los aires dora,
Y el término fatal de los cometas.
¿Quién duda del, que cielos y astros pisa,
Que ajeno llanto le convierte en risa?»

»Descansa, y logra tu feliz ventura,
Comprada á precio de mortales años,
Alma dichosa, y vivirás segura
De envidias, de lisonjas y de engaños;
Y si esa luz habitas limpia y pura,
Eternamente libre de los daños
Que no conoce, ni su hermosa lumbre
De un vil destierro la infeliz costumbre;

»A las orejas pias celestiales,
Que atentas siempre sin estorbo tienes,
Remedio pide á mis llorados males,
Y eterno colmo de seguros bienes.
Pues fueron nuestras suertes desiguales,
Haré rogando, en tanto que previenes
Igual lugar en este que te encierra,
Que leve sea á tu piedad la tierra.»

CANTO IX.

ARGUMENTO.

Del viento y de las olas combatido,
A Capri llega el animoso Orlando,
Y en el estrecho albergue recogido
De Didimo, le cuenta, descansando,
De Escanderbel, el principe temido
De Albania, que en Europa amenazado
Estaba las reliquias de Amurates,
En batallas, asaltos y combates.

Vace al Levante, en hombros del Tirreno,
Capri, de el gran Tiberio ocioso nido,
Por sus frondosos árboles ameno,
Por su verde corona defendido.
De ilustres techos y jardines lleno
Desciende al mar, que entre sus piés dormido
Las olas deja, que llegaron prestas,
Las unas á las otras sobrepuestas.

En esta siempre alegre y verde sierra,
En la estrechez pobre de una ermita,
Didimo noble su ambicion encierra,
Y las paredes rústicas habita.
Cuidados vanos la humildad destierra,
Y con piadoso llanto solicita
Afectos puros, ánimo sereno,
De amor la espuela, y de temor el freno.

La muda noche su estacion primera
Pisaba obscura, y con furor violento,
De negras nubes su mayor lumbrera
Cubrió entre nieve el importuno viento.
De sombra y miedo se vistió la esfera;
Y con piadoso llanto solicita
Sus luces vió prender el firmamento,
Y airado el mar de la insolencia brava,
Del viento á los peñascos se quejaba.

De tantos enemigos asaltado,
Llegó de Orlando el temeroso pino,
De la cobarde luz encaminado
Que entre unas peñas Didimo previno.
Con grato amor, con paternal cuidado,
Mostrando á dos barqueros el camino,
Que parten con su vida y sus paredes
El logro de los barcos y las redes.

Apenas llega el fracasado leño
Al corto abrigo de la inculca Peña,
Cuando á su arena el prevenido dueño
El hierro corvo sin tardar despeña.
Mostró la luz entre el lluvioso cenón
Del negro monte la quietud pequeña
De Didimo, que escucha atentamente
Gritos del mar y voces de la gente.

Piadoso deja el intratable lecho,
Y al fuego mal cubierto, que dormía
Entre ceniza lenta, á su despecho
Ardiente luz soplando le pedía.
La sonolienta lumbre al mudo techo
Mostró un engaño del vecino día,
Y el aire vago penetrando inflama
En cándido algodón luciente llama.